

EL COLEGIAL

AÑO I

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

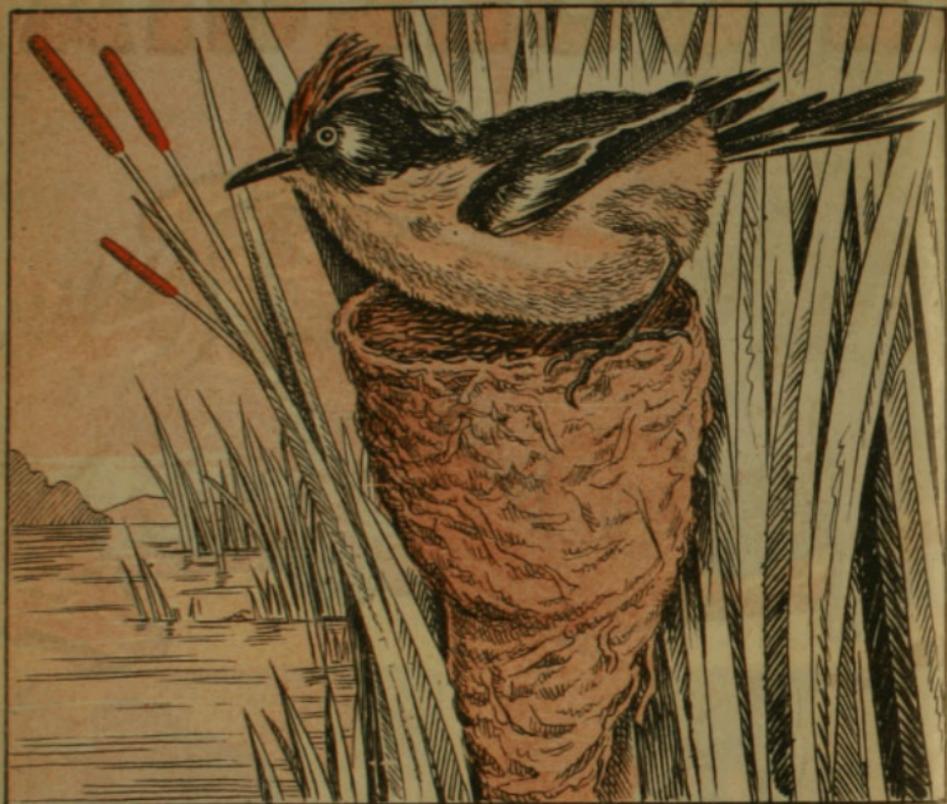
N.º 6

23 DE MAYO DE 1941



PRECIO





CLASE AVES

Familia Tiránidos

EL SIETE COLORES (*Cyanotis rubrisgastra* Wieill).

El siete colores vive en las provincias centrales de Chile en las lagunas entre las totoras y juncuales donde busca su alimento que consiste en insectos blandos, larvas, etc. En estos mismos lugares construyen su nido, obra verdaderamente primorosa. La hojas secas es el material de que se vale para su construcción, un solo tallo de totora le sirve de sostén. Es una de las aves indígenas de Chile más hermosas.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

PARECE LOS
VIERNES)

Casilla 6562
Correo 4.—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.-

SUSCRIPCIONES

EN CHILE:

Annual . . . \$ 50.—

Semestral . . . 25.—

AÑO I

A LOS HEROES DE IQUIQUE

N.º 6

Los pobres barquichuelos que pisan los chilenos,
tan sólo a fuer de bravos se tienen en el mar;
pero a morir resueltos, risueños y serenos,
los fuertes enemigos sin miedo ven llegar.

La débil Covadonga, reliquia de otra gloria,
allí a la Independencia con furia ve surgir,
y audaz la cañonea y alcanza la victoria,
y al niño, aquel gigante, perdón llega a pedir.

En tanto la Esmeralda no cesa en la batalla;
el Huáscar la persigue con ímpetu y tesón.
En vano mar y tierra la acosan a metralla,
no hay mano allí que pueda rendir el pabellón!

Pues Prat el generoso, radiante de coraje,
de rayo la mirada, de acero el corazón,
revólver y hacha en mano se lanza al abordaje
y muere, haciendo al monstruo temblar de admiración.

La vieja nave cruge, herida en sus costados,
con su espolón de acero el Huáscar la hace hundir;
y se hunde, y al hundirse, su gente y sus soldados
con vivas a su patria saludan al morir.

Y al fin la heroica nave se va despedazando,
quedando a flote apenas un trozo de tablón;
en él está Riquelme que se hunde disparando
el último cartucho del último cañón.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO



La Reina ~ de las Nieves

RECUERDE: Kay y Gerda dos buenos compañeros de juegos que se quieren como hermanos. Un día mientras jugaban Kay desaparece en el carro de la Reina de las Nieves que, lo conduce a su palacio de hielo, mientras la pequeña Gerda lo busca sin descanso por los solitarios caminos, llegando hasta un hermoso castillo, donde le brindan alojamiento, vestidos y alimentos. Al día siguiente parte nuevamente en busca de Kay en una hermosa carroza que le ofrecieron los príncipes dueños del castillo y en su camino es asaltada por unos ladrones que la conducen a su casa y llega a compartir su pieza con la hija de estos, la que tuvo piedad de Gerda y le proporcionó un reno que la condujo a Laponia.

CAPITULO VI

La mujer lapona y la finlandesa

Una vez que Gerda refirió su historia a la mujer lapona, ésta exclamó: ¡Pobre criatura! —aun te falta mucho camino. Habrás de recorrer centenares de millas hasta llegar a Finmark, porque la Reina de las Nieves está dando una vuelta por allí y todas las noches enciende unas luces azules. Te escribiré algunas palabras en un bacalao seco, porque no tengo papel. Habrás de entregarlo a la mujer finlandesa que vive allí. Ella podrá encaminarte mejor que yo.

En cuanto Gerda se hubo calentado y comió y bebió algo, la mujer lapona escribió unas palabras en un bacalao seco, lo dió a la niña y le recomendó que tuviese mucho cuidado con él. Luego ató de nuevo a la niña sobre el reno y éste rea-

nudó su carrera. Morían las luces azules del Norte durante la larga noche invernal. Y al fin llegaron a Finmark y llamaron a la chimenea de la mujer finlandesa, porque su casa no tenía puerta de ninguna clase.

Dentro hacía mucho calor; era muy pequeña. Inmediatamente desató Gerda, le quitó los mitones y las botas, porque de lo contrario, allí habría teñido demasiado calor. Hecho esto, puso un pedazo de hielo sobre la cabeza del reno, y luego leyó lo que estaba escrito en el bacalao. Repitió tres veces la lectura hasta que se hubo aprendido el mensaje de memoria. Echó después el bacalao a la olla para comer; no había razón ninguna para lo contrario y ella tenía la costumbre de no desperdiciar nunca nada.

De nuevo el reno contó su propia historia en primer lugar y luego la de Gerda. La mujer finlandesa parpadeó con sus inteligentes ojos, pero no contestó una sola palabra.

—Es usted muy inteligente —le dijo el reno.— Sé que es capaz de sujetar a todos los vientos del mundo con un poco de hilo de coser. Cuando el patrón de un barco deshace un nudo, obtiene así, un buen viento; si desata dos, el viento adquiere ya alguna violencia y si deshace el tercero y el cuarto, se desencadena una tempestad capaz de de-



Gerda abandonó la casa de la mujer la pona y reanudó su viaje montada en el reno.

rribar los más poderosos árboles de un bosque. ¿No podría Ud. dar a esta niña un brebaje que le comunicara la fuerza de doce hombres, para poder vencer a la Reina de las Nieves?

—¿La fuerza de doce hombres? —musitó la mujer finlandesa.— Sí, eso sería suficiente.

Se dirigió a un estante y tomó una gran piel doblada que extendió. En ella estaban escritos unos caracteres muy curiosos y la mujer estuvo leyendo con tal atención, que al fin, la frente se le cubrió de sudor.

El reno volvió a rogarle que diese algo a Gerda y ésta la miró con expresión tan suplicante, llenos los ojos de lágrimas, que la mujer finlandesa empezó a parpadear de nuevo y se llevó al reno a un rincón, en donde le habló en voz baja, al mismo tiempo que le ponía otro pedazo de hielo en la cabeza.

—No hay duda de que Kay se halla en compañía de la Reina de las Nieves y está muy contento con todo lo que le rodea —dijo.— Cree que aquel es el mejor lugar del mun-

do, y eso se debe a que se le introdujo en un ojo un fragmento de cristal de espejo y otro pedacito ha ido a alojarse en su corazón. Y será preciso hacerlo salir de su ojo y de su corazón, pues de lo contrario, nunca más volverá a sentir como los seres humanos, y la Reina de las Nieves lo tendrá siempre en su poder.

—Pero, ¿no podría usted dar a la pequeña Gerda, algo que le diese el poder de vencer todos los obstáculos?

—No puedo darle ya ningún poder mayor del que tiene. ¿No ves cuán grande es? ¿No has observado cómo, tanto los hombres como los animales, se creen obligados a servirla? ¿Cómo, si no, habría podido lograr lo que ha conseguido cuando salió de su casa descalza y desprovista de todo? Mas no debemos decirle cuánto poder tiene. Lo posee en su corazón, porque es una niña dulce, buena e inocente. Si ella sola es capaz de llegar ante la Reina de las Nieves, ni tú ni yo podremos ayudarla a que lo consiga. Los jardines de la Reina de las Nieves empiezan precisamente a dos millas de distancia de aquí. Tú solamente podrás llevar a la niña hasta allí. Déjala en el suelo, al lado de la gran mata que está cubierta de bayas rojas. No te entretengas chismorreando, y procura volver cuanto antes aquí.

Luego la mujer finlandesa levantó a la pequeña Gerda para subirla al lomo del reno y éste echó a correr con toda la rapidez que le fué posible.

—¡Dios mío, no tengo mis botas ni mis mitones! —exclamó la pequeña Gerda.

Pronto el helado viento le hizo notar aún más la necesidad que de ellos tenía, pero el reno no se atrevió a detenerse. Corrió sin parar, hasta que hubo llegado a la mata cubierta de bayas rojas. Allí puso a Gerda en el suelo, le dió un beso, mientras le corrían unos grandes lagrimones. Luego emprendió el camino de regreso con toda la velocidad que le fué posible. Y allí se quedó la pobre Gerda descalza y sin guantes, rodeada por el frío extraordinario que hacía en aquel lugar del condado de Finmark, cubierto de hielo.

Echó a correr y a su encuentro acudió todo un ejército de copos de nieve. No caían del cielo que estaba despejado e iluminado por la aurora boreal. No, aquellos copos corrían horizontalmente por encima del suelo, y los que iban a la vanguardia crecían a medida que se acercaban. Gerda recordó cuán grandes y bellos aparecían bajo la lupa. Pero el tamaño de aquellos eran monstruosos; estaban vivos, eran la tropa de vanguardia de la Reina de las Nieves y asumían las más variadas formas. Algunos parecían grandes puercos espines, otros no eran más que copos blanquísimos de nieve viva.

Entonces Gerda dirigió una oración a Dios; el frío era tan grande que se le helaba el aliento al salir de su boca, de modo que la niña podía verlo en forma de nube congelada. Y aquella nube formada por su aliento, creció más y más, se espesó y, al fin, tomó la forma de unos brillantes angelitos, que a su vez, crecieron. Y cuando sus pies tocaron el suelo, Gerda pudo ver

que todos se cubrían las cabezas con yelmos y empuñaban lanzas. El número de ángeles aumentó y cuando Gerda hubo terminado su oración, vió que estaba rodeada por una legión de ellos. Con sus lanzas atravesaron los copos de nieve, convirtiéndolos en millares de fragmentos, y así la pequeña Gerda pudo avanzar sin miedo alguno, a través de ellos. Los ángeles tocaron sus pies y sus manos, y la niña ya apenas sintió el menor frío. Y prosiguió confiada su camino hacia el palacio de la Reina de las Nieves.

Entretanto Kay estaba encantado en su nueva vida. No pensaba en absoluto en su compañerita de juegos, ni mucho menos podía figurarse que Gerda se hallaba a corta distancia del Palacio.

Los muros del Palacio estaban formados de nieve acumulada por el viento, y las ventanas y las puertas las habían practicado los helados y huracanados vientos. En el palacio había más de cien estancias, de la forma que diera la nieve a cada una de ellas. La mayor de todas tenía varias millas de extensión. Estaban alumbradas por las auroras boreales. Por regla general, todas las habitaciones eran muy grandes, estaban desiertas y resplandecían en su helada frialdad. en ellas no reinaba jamás la alegría; ni siquiera se daba allí un baile para los oseznos, en los que la tempestad podía haber actuado de orquesta, en tanto que los osos polares habrían paseado de un lado a otro, sobre sus patas traseras, para hacer gala de sus nobles maneras. Nunca hubo allí siquiera una partida de juegos de prendas y tampo-

co reunión alguna en que las señoritas zorra chismorreasen un poco después de tomar café. Las salas de la Reina de las Nieves eran inmensas y frías en extremo. Las auroras boreales aparecían y se desvanecían con tal regularidad, que se habrían podido contar los segundos que mediaban entre su presencia y su desaparición. En el centro de aquellas interminables salas de hielo había un lago helado. La capa de hielo de su superficie estaba rota en millares de piezas, pero cada una de ellas era tan exactamente igual a cualquiera de las demás, que el conjunto formaba una verdadera obra de arte. Cuando estaba en el Palacio, la Reina de las Nieves se sentaba en el centro de aquel lago. Decía entonces que estaba sentada en el "Espejo de la Razón" y que era el mejor y el único en el mundo.

El pequeño Kay tenía el cuerpo azulado de frío, mejor dicho, estaba casi negro, pero no lo sabía él mismo, porque la Reina de las Nieves, le había quitado los estremecimientos causados por el frío y su corazón no estaba más caliente que un pedazo de hielo. Iba de un lado a otro arrastrando algunos pedazos de hielo, planos y de cantos agudos, con los que formaba toda suerte de dibujos, a fin de conseguir alguna cosa divertida, de la misma manera como hacía en su casa con unas piezas de maderas llamadas "Rompecabezas chino".

Los dibujos que formaba Kay eran muy ingeniosos, por ser "rompecabezas de hielo de la Razón". A sus ojos eran perfectos y tenían la mayor importancia; eso se debía al fragmento de cristal que tenía en un ojo. Formaba varios dibujos



Y allí se quedó la pobre Gerda descalza y sin guantes rodeada por el intenso frío que hacía.

que representaban letras para formar una palabra determinada y que tenía el mayor interés para él. Era "Eternidad". La Reina de las Nieves le había dicho que si lograba formar aquella palabra, ella le daría el mundo entero y un par de patines. Pero el niño no lograba componer tal palabra.

—Ahora iré a dar un vuelo por los países cálidos —dijo la Reina de las Nieves.— Quiero ir a echar un vistazo por los calderos negros. —Quería indicar los volcanes Etna y Vesubio.— Los cubriré un poco de blanco. Eso les hace mucho bien, y al mismo tiempo, es beneficioso para las uvas y los limones.

En efecto se marchó, Kay se quedó solo en aquel inmenso espacio de salas de hielo desiertas. Estaba con los ojos fijos en los pedazos de hielo y no dejaba de reflexionar, hasta que penetró una idea en su interior. Quedóse tan envarado e inmóvil que se hubiese podido creer que se había muerto de frío.

(Continuará)



Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor descubre un día que no es hijo del viejo menestral Galvén, sino el legítimo heredero del barón Adrián de Sagremor. El barón ha sido asesinado y despojado de sus bienes por el caballero de Faunas. Lindor parte en busca del asesino llevando en su corazón el recuerdo de la dulce Eliana. El buen mago Persides le dice que para vencer al señor de Faunas es necesario conquistar el guantelete mágico y la espada encantada. Lindor es emborrachado por el escudero del señor de Faunas y encerrado en el sótano de una casa abandonada. El astrólogo Fariano avisa al señor de Faunas el peligro que lo amenaza.

CAPITULO VI



1.— Apenas se marchó el astrólogo, el señor de Faunas llamó a su escudero y le preguntó si estaba seguro de haber muerto al hijo de Adrián de Sagremor. Lambregue respondió que el niño estaba bien muerto en el fondo del río.



2.— Sin embargo, como Lambregue no tenía la conciencia tranquila, contó a su amo el encuentro que había tenido con el joven menestral y el incidente del violín encantado. —Ahora está encerrado en un calabozo, terminó..



3.— Obedeciendo a una orden de su amo, Lambregue fué en busca del astrólogo Fariano. Apenas el astrólogo recibió el recado en la puerta de su habitación, acudió corriendo a las habitaciones del poderoso señor de Faunas.



4.— En cuanto Fariano estuvo en presencia del amo, éste le dijo: —Lambregue acaba de contarme que ayer encontró a un joven menestral que, según dijo, viene en busca mía. —¿Y dónde está ese joven? preguntó Fariano.

Menestral



5.— Está en un calabozo de donde no podrá salir, respondió el Sr. de Faunas. Pero el astrólogo respondió inquieto: —No os queda duda de que saldrá, señor, si no hacemos algo para evitarlo. Iré a pedir la ayuda de unas brujas amigas. —Está bien; ahí tienes un bolso con oro para satisfacer la codicia de las brujas, dijo Faunas.



6.— Mientras tanto, el joven menestral había despertado de su pesado sueño y al darse cuenta del sitio en que se hallaba se llenó de asombro y luego se sintió inquieto. ¿Lo habrían secuestrado para evitar que fuera al castillo de Faunas? Pensando en esto tomó el violín que estaba a su lado y se puso de pie.



7.— Con pasos no muy firmes se dirigió a la puerta de hierro y quiso abrirla; pero por más que sacudió con todas sus fuerzas los barrotes, no le fué posible abrirla. —¡Estoy prisionero! murmuró desalentado, sentándose en el duro suelo de su calabozo. Pero al cabo de un momento recordó las palabras del mago Persides.



8.— "Toca el violín cuando te encuentres en algún apuro", le había dicho el buen mago. Al momento Lindor se puso a tocar su instrumento con el corazón lleno de esperanza. De pronto, vió caer del techo un objeto que produjo un sonido metálico. Se inclinó para ver lo que era y vió que se trataba de una lima.

(Continuará)



Los Dos Huérfanitos

RECUERDE: Damían y Paulina hu-
yen de la casa de un pescador al saber
que ni éste ni su mujer son sus padres.
Por el camino encuentran a un hom-
bre moribundo que ha sido atropellado
por un automóvil. El hombre les con-
fia una chaqueta entre cuyos forros hay
una buena suma de dinero, haciéndoles
prometer que se la entregarán a su hija
en Santiago. Los niños van a la estación
de Alcones para tomar el tren y dos
pillos tratan de quitarles la chaqueta.
Interviene un caballero hacendado y se
los lleva en su auto a Santiago. Su es-
posa lo recibe muy sorprendida al ver
esos niños desconocidos.

CAPITULO VI

La Misión Sagrada

—Juana, dijo de pronto la seño-
ra a la criada, lleva a estos niños al
lavabo para que se limpien y se
aseen. En seguida tráelos para que
se sienten al comedor. Un cuarto de
hora después, Paulina y Damían
estaban sentados al comedor, junto
a don Sergio y a su esposa. Mien-
tras la criada servía la comida, do-
ña Ana decía a su marido:

—¡Vamos, cuéntame pronto la
historia de estos niños! Siento pro-
funda curiosidad por conocerla.

Don Sergio no se hizo de rogar y
contó con lujo de detalles la aven-
tura de los dos maleantes y la de la
chaqueta que escondía un tesoro
entre el forro.

—¡Parece una película cinema-
tográfica! exclamó doña Ana emo-
cionada.

Los dos hermanos estaban cohi-
bidos, sin atreverse casi a comer los
guisos que le servían. Pero poco a
poco se fueron animando, a medida
que los dueños de casa les daban
pruebas de bondad y cariño.

—¡Pero cómo es que ustedes an-
daban solos por esos caminos? in-
terrogó doña Ana.

—¡Déjalos, no les preguntes aho-
ra, que están todavía muy emocio-
nados con las aventuras y desven-
turas que les han ocurrido, dijo
don Sergio.

El buen caballero temía asustar
a los niños exigiéndoles una expli-
cación más clara y concisa. Com-
prendía que los niños ocultaban al-
go que no querían decir. Durante
el trayecto en automóvil, le habían
contado que ellos habían quedado
huérfanos y que habían sido reco-
gidos por un caminante. Luego éste
había muerto a su vez confiándoles
la famosa chaqueta. Don Sergio ha-
bía escuchado muy serio aquella
relación, pero no había creído en
ella. Le parecía imposible que esos
dos niños hubiesen andado reco-
rriendo los caminos bajo la tutela
de un vagabundo. Tenían un modo
de expresarse y unas maneras de-
masiado decentes para creer esa
historia. Claro que había algo de
verdad, especialmente en lo refe-
rente a la chaqueta; pero de lo de-
más, de su origen, de sus padres

muertos, había que dudar. Y don Sergio decidió esperar al día siguiente para entrar en mayores averiguaciones.

Damián y Paulina durmieron por fin en blandos y tibios lechos, mientras sentían los ladridos de Betún, que había sido acondicionado en una casilla de madera en el jardín.

Al día siguiente, don Sergio encargó a la criada Juana que fuera a una tienda a comprar ropas a los dos huerfanitos. Y a eso de las diez de la mañana, Damián y Paulina estaban vestidos de pie a cabeza con prendas nuevas. Don Sergio llamó al chofer:

—Llévalos le dijo a la calle Dolores N.º 85.

Los dos niños subieron al auto y se arrellenaron en los blandos asientos con todo el aplomo que les daba la bondad de don Sergio. Damián y Paulina estaban inconocibles con sus trajes nuevos y elegantes; ambos llevaban abrigos confortables. Mientras el auto corría en dirección de la Alameda para seguir luego hacia la Estación Central, Damián y su hermana creían que todo aquello era un sueño y temían que de pronto se desvaneciera todo.

—¿Sabes lo que estoy pensando? dijo de pronto Paulina con cierta melancolía.

—¿Estás pensando en mamá Catalina?

—Justamente. ¿Pensabas tú lo mismo?

—Sí. Y pensaba en que sería muy lindo verla vestida a ella como una gran dama.



Al ver a esos niños tan bien vestidos se sorprendió la señora y dijo:

—¿Qué buscan niños?

—Sí, muy lindo, repitió Paulina pensativa. Y es una lástima que no podamos decir la verdad a don Sergio. Creo que si él la supiera, ayudaría mucho a mamá Catalina.

—Pero no debe saber que nos hemos fugado de nuestra casa. Si lo supiera nos enviaría en el acto a Navidad.

El auto se detuvo. Los niños creyeron que habían llegado, pero solo se trataba de una detención obligada. Un larguísimo tren de carga acompañado de estrépitos de hierros estaba pasando por delante deteniendo todo el tránsito de vehículos y de peatones. Estaban frente al gran galpón de la Estación Central.

—No hemos pensado lo que le diremos a Domitila Barrientos, dijo Paulina.

—No será difícil explicarle el asunto.

—Entregarle la chaqueta es sencillo; pero explicarle cómo vino la prenda a parar a nuestro poder, eso es más difícil, replicó la niña.

El tren acabó de pasar y el auto pudo atravesar la línea juntamente con los demás vehículos. Damián y Paulina se habían quedado en silencio, pensando cada cual para sí en la manera cómo deberían cumplir la sagrada misión que les había encomendado el infortunado caminante. Pero no tuvieron tiempo de reanudar la conversación, porque el auto se detuvo y esta vez había llegado al lugar de su destino. El chofer bajó y abriendo la segunda portezuela lateral, dijo a los niños:

—Ahí está el número 85.

Damián y Paulina bajaron también y se acercaron a la puerta de una vieja casona de murallas ennegrecidas y agrietadas. Llamaron y salió a abrirles una mujer joven, aseada, con un delantal blanco. Al ver a esos niños tan bien vestidos, se sorprendió un poco y dijo:

—¿Qué buscan, niños?

—Desearíamos hablar con usted, señora, respondió Damián. ¿No es usted Domitila Barrientos?

—No, no; Domitila Barrientos tenía por lo menos diez años más que yo. Pero pase usted, caballero, pase usted, señorita.

Y la mujer los invitó a entrar en una salita que servía de comedor.

—Traíamos un encargo para la señora Domitila Barrientos, dijo Damián mostrando el paquete que traía debajo del brazo y que contenía la preciosa chaqueta del caminante atropellado.

—Un poco tarde llegan ustedes, dijo la mujer. Domitila Barrientos murió hace dos años, por lo menos.

—¡Oh! exclamaron los niños un poco desconcertados por aquella revelación.

—¿Es algo de mucha importancia? preguntó la mujer.

—Sí, señora, de mucha importancia. La casualidad nos hizo asistir a la muerte del padre de Domitila Barrientos. El la creía viva puesto que nos encargó que entregásemos a su hija Domitila una chaqueta entre cuyos forros se encuentra una buena suma de dinero y no sabemos qué hacer con ella..

—¡No saben qué hacer! exclamó la mujer escandalizada, demostrando así que ella no habría tenido ningún reparo en quedarse con el dinero de la chaqueta.

Hay mucha gente así en el mundo, que tienen la conciencia demasiado ancha. Afortunadamente la señora Catalina, la esposa del pescador Galleguillo, había inculcado en el corazón de Damián y de Paulina muchos buenos sentimientos, entre los cuales sobresalía el de la probidad y honradez.

—No, señora, no sabemos qué hacer, repitió Damián. ¡Si al menos la señora Domitila hubiese tenido aquí algún pariente!

¿Algún pariente? Tenía un hijo; pero poco después de la muerte de su madre se fué al sur, a las minas de Lota donde tenía un pariente, creo que era hermano de su difunto padre. Venía a verlos una vez en el año.

—Entonces nuestro deber es entregar el dinero a ese hijo de la señora Domitila. ¿Cómo se llama?

—Gastón Ramos Barrientos. Ya debe andar en los dieciocho o diez y nueve años...

—¡Muchas gracias! Anotaré el nombre y la dirección.

Damián sacó una libretita y escribió: : "Gastón Ramos Barrientos, Mineral de Lota".

¡Adiós, señora! dijeron los huérfanos. ¿Cómo es su nombre?

—Regina Muñoz, para servirles. ¡Adiós, caballero! ¡Adiós, señora!

Al llegar a casa de don Sergio, los niños contaron a éste el resultado de la visita hecha a la calle Dolores.

—Está bien, dijo don Sergio. Por lo menos saben ustedes a quién dirigirse para devolver ese dinero que tienen en depósito sagrado. Y ahora vengan conmigo.

Don Sergio llevó a los niños a su escritorio y allí les habló de esta manera:

—Ahora necesito que ustedes me cuenten la verdadera historia de sus andanzas por aquellos caminos donde los encontré. Porque tengo mis razones para creer que ustedes no me han contado la verdad, o por lo menos, toda la verdad.

—Señor, le rogamos que crea usted...

—No, no, no; veo que ninguno quiere contarme la verdad. Les preguntaré por separado y así sabré si mienten...

Damián y Paulina se miraron desconcertados y llenos de temor.

—Sí, amiguito, prosiguió don Sergio; déjame un momento con tu hermana; cuando la haya interrogado, te llamaré para interrogarte a tí...

Damián se puso colorado al oír aquello. Y ya se disponía a salir,



Paulina estalló en sollozos y llorando contó la verdadera historia de su escapada de la casa.

cuando Paulina estalló en sollozos y llorando contó de un tirón la verdadera historia de su escapada de la casa paterna. Después de haber escuchado silenciosamente y más conmovido de lo que aparentaba, don Sergio les dijo con severidad:

—Han hecho ustedes muy mal. No pensaron en la pena que habrán causado a la señora Catalina y la inquietud que debe haberse apoderado de vuestro padre adoptivo. Mi deber es devolverlos a la casa paterna cuanto antes...

Damián y Paulina quedaron aterrados. ¡Después de tantos padecimientos para huír de la cabaña del pescador y cuando ya se creían libres y dichosos, iban a volver otra vez a Navidad para seguir oyendo las malas palabras del pescador o, tal vez, para llevarlos a un asilo de huérfanos...

(Continuará)

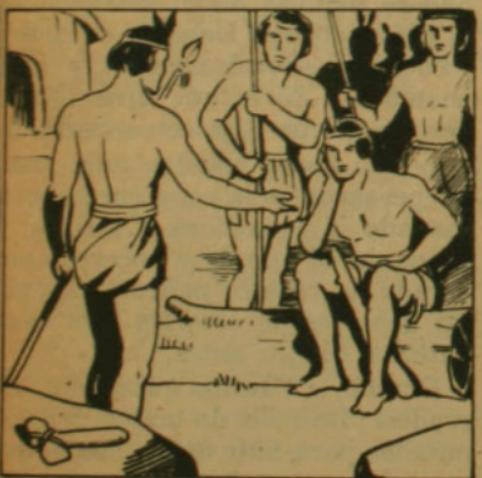
HISTORIA GRAFICA



25.— Después de su primer encuentro con los terribles araucanos, Valdivia, vencedor a duras penas de estos nuevos enemigos, aprovechó el momento para fundar la ciudad de Imperial, Valdivia, Villarrica y de Angol. Todo parecía en paz.



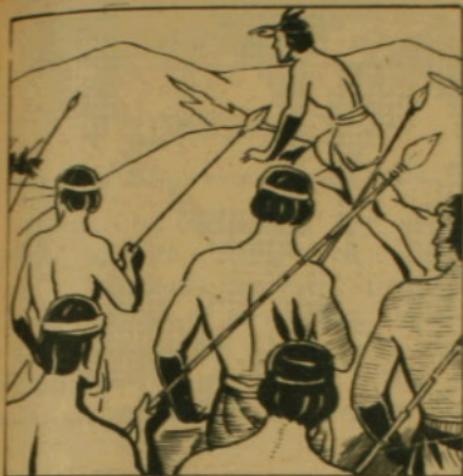
26.— Satisfecho de su obra, volvió a Santiago, vendió sus bienes y se fué a radicar en Concepción, donde, al poco tiempo, recibió a su esposa doña Marina Ortiz de Gaete, que venía de España. Luego fundó tres fuertes: Arauco, Tucapel y Purén



27.— Mientras tanto, los araucanos se reunieron en una gran asamblea para concertar el medio de expulsar a los españoles del país. Lautaro, un antiguo sirviente de Valdivia, demostró que los conquistadores no eran invencibles, como todos creían.

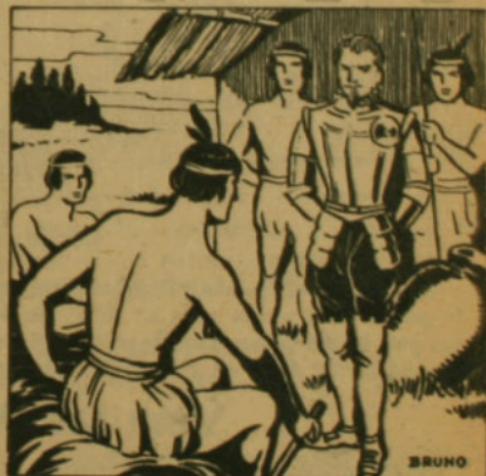


28.— El joven guerrero fué nombrado jefe o "toqui" supremo y le confiaron la dirección de la guerra. Lautaro, que había aprendido el arte de guerrear al lado del ilustre capitán español, cayó sobre el fuerte Tucapel y lo destruyó matando a sus defensores.



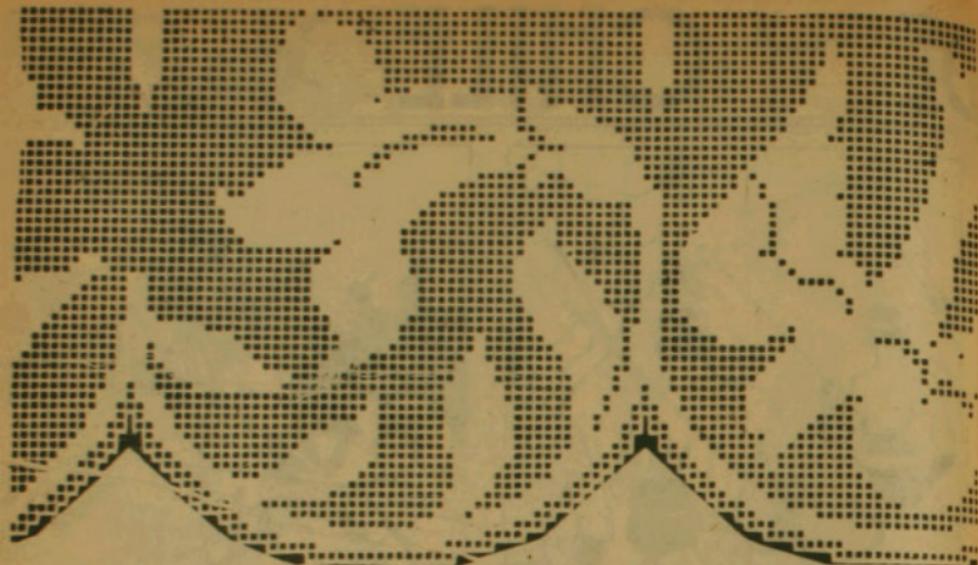
29.— Valdivia tuvo noticias del ataque y salió con cincuenta soldados para ahuyentar a los araucanos. Al acercarse al fuerte que él creía amagado, salió una poblada de indios a atacarlo. Valdivia y los suyos se defendieron con denuedo.

30.— Dos, tres, cuatro ataques fueren rechazados; pero a medida que caían los primeros atacantes eran reemplazados al punto por otros y otros más. Los españoles, extenuados en un combate que parecía no tener fin, fueron cayendo uno tras otros.



31.— Al final sólo quedaban catorce sobrevivientes. —¿Qué haremos preguntó Valdivia a los suyos? —¡Pelear hasta morir respondieron heroicamente. Y así fué. Murieron todos, menos el ilustre capitán que fué hecho prisionero y llevado ante Lautaro.

32.— Valdivia ofreció abandonar el país y regalar dos mil cabezas de ganado a cambio de su libertad. Lautaro vacilaba. En eso se acercó un indio llamado Leucatón y descargó un formidable mazazo sobre la cabeza del ilustre capitán español.

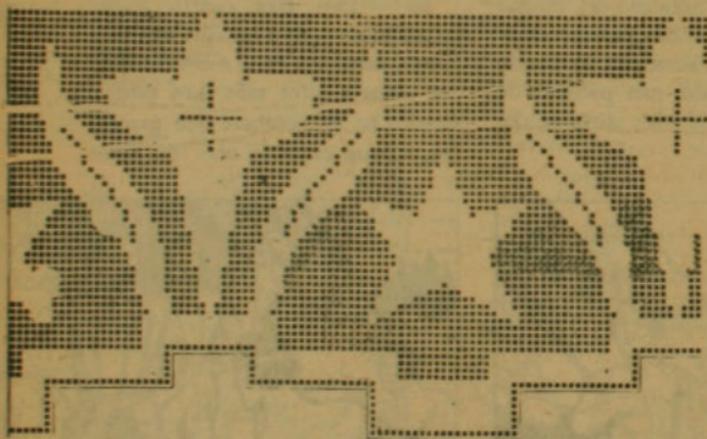


Página Femenina

Puntillas de Filet para Manteles de Altar

Los manteles destinados a recubrir el altar deben ser realizados en fina tela de hilo blanco y adornados con delicadas puntillas hechas al filet.

Proponemos en esta página dos bonitos modelos de puntillas ejecutadas al filet, sobre 63 mallas de alto. El trabajo está realizado enteramente en punto zurcido, empleando hilo de lino N.º 16.



Ejecución del punto: Para realizar este punto se trabaja así: 1.ª fila: Se toma con la aguja un hilo de arriba y uno de abajo. 2.ª fila: en esta fila se levanta

el hilo que quedó debajo en la primera fila y se baja el hilo de arriba. Repetir siempre estas dos filas.

Yemitas Acarameladas

Poner en una cacerolita diez yemas, 250 grs. de azúcar refinada y una pizca de esencia de vainilla; colocar al fuego y continuar revolviendo con una cuchara de madera a fuego lento hasta que esté espesa la preparación y se despegue de la cacerola. Colocar sobre un mármol enmantecado, dejar enfriar un poco y agregarle azúcar impalpable y unas gotas de coñac, procurando formar una masa ni dura ni blanda; hacer entonces unas bolitas y dejarlas unas horas

hasta que se sequen un poco.

En una cacerolita se ponen 250 grs. de azúcar en pancitos y una cucharadita de glucosa y se cubre todo con agua; colocar a fuego fuerte hasta que llegue a punto de caramelo; retirar después del fuego y pasar por esto rápidamente las yemas y con la ayuda de un tenedor, sacarlas y colocarlas sobre un mármol ligeramente enmantecado. Dejarlas enfriar.



CAPITULO VI

El Rey Etas increpa a Jasón

Vulcano ha donado al rey unos bueyes mágicos que forjó en su fragua, y que tienen los pies y las astas de bronce; el arado que arrastran es irrompible. En la parte superior del palacio habita Etas, y cerca de las estancias mora el rey con su segunda esposa, la reina Idiya, y el hermoso príncipe Absirto. En el otro extremo, está el departamento de las princesas Calciopa, viuda de Frixo y Medea.

Ambas encuéntranse en su cámara, mas al escuchar el ruido de la llegada de los argonautas, asómase Medea y lanza un grito al contemplar a Jasón. El grito alarma a Calciopa, quién corre hacia la puerta del palacio, y al reconocer a sus hijos les abraza con alegría.

Entretanto, Cupido, invisible, se ha deslizado entre las columnatas del pórtico, y se acerca a Jasón, que en aquel momento se apoya en su espada. El travieso rapazuelo extrae de su carcaj una flecha agudísima, que jamás ha sido disparada, ajusta la cuerda al arco, y lanza el dardo a Medea.

Seguro de que traspasó el corazón de la maga, Cupido cruza el atrio, y aléjase riendo a carcajadas.

Medea no aparta sus ojos del rostro del jefe de los argonautas. El

rey Etas recibe con afables modales a sus nietos, y a los extranjeros que con ellos vienen, escucha atento la narración de ambos mozos que le relatan el naufragio sufrido frente a la isla de Marte, y el socorro que les prestaron los argonautas.

—Estos hombres que me acompañan —dice uno de los jóvenes— son descendientes del gran Eolo; les envía para hacerles perecer en atrevida empresa, un rey malo, que les ordenó que rescatasen el vellocino de oro, si quieren aplacar la cólera de Júpiter. Para esto aparejaron una espaciosa nave, han corrido serios peligros en los mares, pero Minerva les ayuda. Ella dió los planos del Argo, y por eso el huracán no quiebra sus mástiles, ni el viento desgarrar su lona; aquí está Jasón el jefe, y él y sus compañeros vienen a pedirte que les entregues el áureo vellocino que custodias y lo conducirán a Grecia. Te ofrecen, en cambio, ayudarte en todas tus guerras.

Incorporose airado el rey, y exclama, arrojando fuego por los ojos:

—¡Quitáos de mi vista, traidores! Sólo por la ley de la hospitalidad, no mando que os arranquen a todos la lengua y os corten las manos que el verdugo arrojaría luego a las llamas.

Telamón, que como Augías, no puede dominar su ira, pretende abalanzarse sobre el rey, y lo hubiese efectuado, a no interponerse el caudillo.

—Etas —exclama Jasón— calma tus furoros, y no veas en nosotros enemigos que tratan de desposeerte de lo que te pertenece. Solicitamos un favor que haría eterna tu memoria, y al que Grecia no se mostraría ingrata.

Mientras habla Jasón, el rey medita un plan inicuo. ¿Sería conveniente asesinar a aquellos hombres allí mismo? ¿Sería preferible fingir ceder a las demandas del héroe griego, e imponerle tales condiciones que no pudiera cumplirlas? Decídese por esto último, y dice pérfido:

—Extranjero, nieto de los dioses, pues eres mi igual por tu estirpe; no quiero negarte lo que solicitas. El vellocino será tuyo, si me pruebas antes tu valor personal. ¡Escucha! Tengo dos toros, cuyos pies y astas son de bronce y que pacen entre la maleza del campo de Marte. Yo soy el que impone el yugo a su cerviz y quien les hace labrar el surco. Mi : ado es de adamant, pero no siembro rubios granos, sino que en el surco arrojó los dientes de un dragón. No puede nacer de esta semilla ninguna jugosa caña, sino que genera guerreros, que luego derribo yo con mi hoz. Demuestra que puedes hacer lo mismo, y te daré el vellocino. Obras, y no palabras, son las que placen a Etas.

Jasón oye estupefacto las palabras del rey, se le anuda la lengua, mas no vacila en acometer tan árdua empresa, y replica arrogante:

—Acepto ¡oh rey! lo que propo-

nes y con tu yunta labraré el surco, aunque el dragón me arranque la vida.

Sonríe el monarca, y le ordena que vaya a incorporarse a los argonautas, previniéndole, que si a última hora su mano recela el uncir los toros al arado, él lo ejecutará con insuperable denuedo.

Abandona Jasón en silencio la regia estancia, y sale acompañado por los hijos de Friso que le detienen en el pórtico, dando lugar a que desde una celosía del palacio, Medea vuelva a contemplarle, alzando su blanco velo para verle mejor.

Medea queda pensando en el peligro que amenaza a Jasón, pues la princesa conoce el temple de su padre, y prevé que Jasón morirá víctima de los toros mágicos, o asesinado por orden de Etas. Le entristece la suerte del mozo y postrándose de rodillas, implora a Hécate, de quien

es sacerdotisa, la salvación del temerario argonauta.

Este, entretanto, marchaba en dirección de su nave, y el hijo de Friso que le acompaña, le dice:

—Debo comunicarte, caudillo, que en el palacio que abandonamos hay una princesa hábil en sortilegios, y tendríamos probalidades de obtener la victoria, si contásemos con su ciencia, mas temo que se niegue a prestarnos su apoyo, y aun dudo, de que mi madre Calciopa, quiera compartir contigo los peligros de la empresa, permíteme que intente convencerla, para lo cual he de retornar al regio alcázar.

—No seré yo quien te impida rogar a tu madre —responde Jasón— Cuando pisan la nave, el capitán reúne a los nautas, y les comunica las condiciones impuestas por Etas para la entrega del vellocino.

—He de imponer el yugo a una

yunta de toros forjados por Vulcano en su fragua, y cuyas narices humean como inflamada hoguera; he de sembrar los dientes de un dragón mágico, y de ellos brotará una cosecha, no de ricas mieses ni de fértiles cañas, sino que de la tierra irán surgiendo legiones de guerreros gigantes, que se volverán enfurecidos contra mí, y he de vencerlos. Esa es la treta de que el rey se vale para perderme. Aunque la empresa es superior a mis fuerzas, he venido a la Cólquide para realizar hazañas y dispuesto estoy a acometerlas.

Los argonautas indignados, califican de insensato el propósito de Jasón, mas Peleo termina la disputa exclamando:

—Si nuestro jefe, nieto de reyes, se considera con fuerzas para acudir a la palestra, que lo haga, mas si teme que le falte el vigor que no acepte el reto. En un caso o en otro,



Alcázar que viene a pedirte el Vellocino de Oro.

no permaneceremos inertes, ya que arde también en nuestras venas sangre de los dioses.

Visto el afán de Peleo de compartir los peligros del caudillo, ofrécese Telamón e Idas a secundarle y lo mismo ruega el adolescente Enides.

—Bien está —resume Argos, el hijo de Frixo— mas aplacemos los marciales aprestos y dejadme que intente ganar a mi madre a nuestra causa, y ella a su vez a la princesa maga sacerdotisa de Hécate, que conoce las virtudes de miles de plantas, y sabe preparar filtros poderosos. A sus conjuros de hechicería se transforma el mundo. Si mi madre, que es hermana de Medea, consiguiese atraerla a nuestro favor, no dudéis, ni por un instante, de la conquista del vellocino de oro.

Los dioses confirman las palabras del joven. En ese instante se ve volar una paloma que viene perseguida por un gavilán. Queda el ave de rapiña clavada en el branque de la proa, mientras la paloma se posa sobre el hombro de Jasón. Mopso, el adivino, profetisa:

—Los dioses se declaran en favor nuestro. La paloma nos anuncia el triunfo si conseguimos la protección de la princesa; algo me dice, pues, que no querrá desoír nuestra demanda. Recordad la profecía del ciego: sin contar con el apoyo de Venus, es vana audacia intentar el combate... La paloma es el ave simbólica de Venus, y ella ha venido a posarse sobre el hombro de nuestro jefe, lancemos un ¡vitor! en honor de la diosa de Cíteres, de la Venus citérea.

Aplauden los nautas, mas Idas se levanta furibundo y exclama:

—¿Quieres Mopso cubrirnos de

baldón? ¡ En lugar de tremolar la enseña de Marte, el dios de la guerra, piensas encomendarnos a una hechicera, y contar con sus conjuros mágicos para el triunfo? Vencer así, no es glorioso, y menguados aquéllos que confían en las palomas de Venus más que en la espada del dios Marte.

Jasón no le responde, y se limita a autorizar a Argos, hijo de Frixo, para que marche al palacio de Etas mientras él permanece con los argonautas en la nave anclada y oculta entre las frondas de un remanso formado por el río.

Durante este intervalo, Etas ha congregado al pueblo colquio en la plaza frente a sus alcázares, tratando sus mensajeros de inducir a la muchedumbre a que extermine a los argonautas. En el caso inverosímil de que el caudillo lograra uncin los toros, deberíanse incendiar los vecinos pinares de la orilla del Fasis para que el fuego se propagara al bajel. Y éste y sus tripulantes quedarían convertidos en pavesas.

Este acuerdo que recibió a Frixo, causa primordial de tantos males, porque se lo ordenó Júpiter, enviándole a Mercurio de emisario, y cumpliendo las divinas órdenes, le concedió a su hija, pero ahora el dios del Olimpo no le obliga, y tratará a aquel puñado de valientes, cual si fuesen una falange de ladrones, destruyéndolos a sangre y fuego.

El Oráculo ha advertido al rey de grandes males que le sobrevendrán por su propia raza, pero Etas no duda del príncipe Absirto ni de Medea, y sólo le inspira desconfianza Calciopa, cuyos vástagos se le presentaron en compañía de Jasón.

(Continuará)

PASATIEMPOS

Adivinanzas

- 1.— Arrugada, arrugadita, oscurito mi color, y detrás una estaquita, ¿qué nombre tengo, señor?
- 2.— Ninguna religión tengo, soy tan fría como un hierro, y la cruz de los cristianos soy la que la llevo más alto.

Charadas

- 1.— Prima cuarta, nombre femenino; segunda cuarta, animal; tercera cuarta, ejecución diaria; prima cuarta, segunda, en las calles; cuarta tercera, forma verbal; prima segunda, apellido. Mi todo un aviador nacional.

Jeroglífico, por Cheche.



Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8.— Nombre de animal.
- 7 6 5 6 2 4 1.— País de Europa.
- 3 8 7 1 5 6.— Parte de una flor.
- 8 5 8 2 1.— Nombre femenino.
- 2 1 7 6.— Afluente del Amazonas
- 3 1 2.— Adverbio
- 1.— Vocal.

Solución a entretenimientos del N.º 5

- Adivinanzas.—1.— El revólver.
2.— La abeja.

Charadas.— 1.— Tuyo.

- 2.— Adiós.— 3.— Susana.— 4.— Lapicera.

Logogrifo numérico.—Petronila.

¿QUE ESTA HACIENDO ESTE NIÑO?



Si ustedes juntan los números por orden correlativos por medio de líneas rectas, al final sabrán lo que el niño está haciendo tendido sobre el suelo.



QUIEN RAPTO

CAPITULO VI



1.— Jim Henson empezó a lanzar piedras sobre los caballos uno de los cuales, al sentir sobre sus lomos la pedrada, lanzó un relincho.



2.— Soames y Johnson iban ya subiendo por la ladera, cuando sintieron el ruido de los animales.— ¡Los caballos escapan! dijo Soames.



3.— Los dos hombres siguieron detrás de sus cabalgaduras, mientras Jeff Warren decía satisfecho: —¡Eso era lo que yo quería!



4.— Aprovechando que el campo estaba libre, el joven cowboy y el niño bajaron al camino y montaron precipitadamente en sus caballos.



5.— Mientras se metían por un desfiladero, Jeff iba pensando en el desaparecido Bill Henson y en el ganado robado. Parecía muy inquieto.



6.— Jim, que seguía detrás, pensaba también en su padre. De pronto algo silbó en el aire y un lazo lo aprisionó de los hombros...

WENSON?



7.— Jim lanzó un grito de angustia al verse llevado repentinamente por los aires. Él volvió la cabeza y no vio a su amigo.



8.— El caballo de Jim se veía allí roncando la hierba, sin jinete. —¿Dónde estás, Jim? llamó Warren. Pero no recibió respuesta.



9.— Jeff bajó del caballo y examinó el terreno. En la arista de una roca descubrió un jirón de ropa. Esto fué un indicio preciso.



10.— Jeff escaló las rocas y al llegar al camino alto descubrió a lo lejos una cabaña. Las huellas de unas pisadas lo llevaron hasta allá.



11.— Escuchó voces dentro. Tres hombres hablaban. —Dejaremos al muchacho aquí, decían; si entra alguien no podrá descubrirlo.



12.— Poco después Jeff Warren vio salir a tres hombres que montaban a caballo y se alejaban diciendo: —Más tarde volveremos por él.

(Continuará)



RECUERDE: Santiago Merande se asocia con su tío Juan Salvere y con un antiguo compañero de colegio para ir en busca de un tesoro enterrado en cierta región del Sudán francés, en África. Se embarcan en una lancha indígena y remontan la corriente del río Níger. Un negro traidor abre una vía de agua y la barca está a punto de hundirse. La ayuda del negro Zamba los salva a todos y desembarcan en la orilla. Montrose descubre la llegada de los terribles tuaregs y los expedicionarios se disponen a defenderse con todos los recursos de la ciencia europea.

CAPITULO IV

Sobre el montículo que le servía de observatorio, Gabriel Montrose vigilaba los movimientos de los tuareg a la luz del reflector giratorio.

—Ya que no podemos abrigar ninguna duda sobre sus intenciones agresivas, dijo Merande, saludémoslos con unos cuantos disparos.

—En efecto, dijo Salvere, si a tanta distancia logramos derribar o herir a uno, el efecto moral será desastroso y hasta es posible que desistan del ataque.

—Siguen avanzando más a prisa, declaró el observador desde su puesto.

—¡Entonces, disparemos todos juntos! ordenó don Juan Salvere.

Y cinco bocas de fusil vomitaron su mensaje de muerte hacia los tuareg.

—¡Han desaparecido en la maleza! prosiguió impertérrito Gabriel Montrose desde el montículo. ¡C ahora se levantan! Hemos herido a uno que sigue, cojeando, a sus compañeros que avanzan al abrigo de los árboles.

—¡Listo el fusil ametrallador! ordenó Salvere.

¡Ahora han reaparecido nuevamente y a la carrera pretenden ganar otro abrigo en los árboles más cercanos a nosotros.

—¡Fuego! ordenó don Juan.

Resonó otra descarga y los tuareg se detuvieron vacilantes. Pero fué por breves momentos. Como un enjambre siguieron avanzando.

—¡Son muchos, más de ciento! exclamó Montrose. ¡Si no detenemos su avance tendremos que llegar a la lucha cuerpo a cuerpo...

—¡Y entonces estaremos perdidos! exclamó Merande amargamente. ¡Lo siento por ustedes! ¡No debí haberlos arrastrado a esta aventura!

—¡Cállate, no seas niño! ¡Cree que no habría sabido encontrar! ¡Solo a los tuareg! le dijo Montrose con tono de broma.

—El cinematógrafo! exclamó don Juan Salvere.

Los tuareg iban llegando ya cerca del gran lienzo dispuesto como una trampa. Un chorro de luz br

ó del proyector cinematográfico.

—¡Con tal que funcione bien el micrófono! murmuró don Juan Salvere.

Una turba de negros gigantescos apareció de pronto en la pantalla, blandiendo lanzas y gritando de una manera terrorífica. Los propios negros sudaneses lanzaron gritos de espanto ante aquella aparición y maquinalmente corrieron a protegerse al lado de los blancos.

—¡No es nada; soy yo quien manda a esos negros! les explicó Salvere riendo a pesar del peligro en que se hallaban.

En seguida, volviéndose hacia el punto donde estaba Santiago Merande a cargo del fusil ametrallador le gritó:

—¡Fuego la ametralladora!

Y Merande maniobró la terrible arma lanzando una andanada de balas que unidas a los gritos fantasmales de los gigantes negros de la pantalla, sembraron el terror y la confusión en el campo enemigo. Montrose, llevado por su espíritu deportivo, se lanzó en persecución de los tuareg, con un revólver en cada mano. Los negros, encantados de ver huír a los feroces bandidos de los desiertos africanos, corrieron detrás del blanco. Después de lo que habían visto, imaginaban que los blancos eran invencibles y que junto a ellos no podían morir.

Y allí fué como los negros rodearon a tres tuareg que se defendían todavía con mucho vigor. Don Juan y Santiago habían acudido también; pero don Juan sintió compasión por aquellos tres hombres que se defendían como leones.

—¡Alto! gritó. ¡Ofrecedles la vida...!

Pero su voz llegó demasiado tarde, sólo dos pudieron salvarse. El tercero yacía en tierra con un dardo clavado en la garganta.

El silencio se restableció en la llanura. Las estrellas parecían agrandadas en la obscuridad cada vez más densa. El reflector giratorio seguía lanzando sus reflejos en torno del campo. Los expedicionarios apenas podían creer en la derrota de los terribles tuareg. Gabriel Montrose había vuelto a subir al montículo y desde allí observaba todos los alrededores. Pero no se veía a nadie, ni nada se movía bajo la luz del reflector.

—¡Tuareg no volver! exclamó Zamba con los ojos relucientes de entusiasmo por la espléndida victoria alcanzada contra los terribles enemigos.

—¡Ah, no es nada agradable matar aunque sea en defensa propia! exclamó don Juan Salvere con acento melancólico.

—¡Ellos lo quisieron! declaró Santiago.

La voz de Montrose resonó en el observatorio.

—Todo va bien. La llanura está libre. Creo que bien podemos entregarnos ahora a cuidar de nosotros mismos. La lucha me dió hambre...

—Tiene usted razón, Gabriel, dijo don Juan. Hay necesidades de las cuales el hombre no puede prescindir ni aun en las situaciones más angustiosas. ¡A ver, Zamba, enciende fuego y haz que asen un cordero!

El aludido no se hizo repetir la orden porque, al igual que Montrose y que todos los demás expedicionarios, sentía un apetito más que

regular. Media hora más tarde, el cordero asado despedía un olorillo delicioso y las mandíbulas de los expedicionarios trabajaban con entusiasmo. De pronto, se oyó una especie de trueno, un resoplar de locomotora.

—Su Majestad entra en acción, dijo Montrose.

Los negros se miraron asustados. Los blancos se pusieron de pie y aferraron sus fusiles. La luna se había levantado en el horizonte, roja como un disco de cobre, al principio, y luego de color anaranjado, esparciendo una luz que puso más confianza en todos los corazones. La gran silueta de león se recortaba en la claridad lunar. Batía sus flancos con la cola musculosa. De pronto, se agazapó un poco y casi al momento se elevó por los aires, cayó y volvió a saltar por tres veces

seguidas. Un quejido partió de uno de los tuareg que yacían por tierra. El quejido procedía de uno que estaba cerca del montículo y que al oír el rugido del león se incorporó instintivamente tratando de huir. El león pareció vacilar ante aquella repentina aparición. En tres o cuatro saltos formidables el rey de la selva podía caer sobre el tuareg. El corazón de los tres blancos latía con violencia. Habían olvidado el cobarde ataque de los tuareg y ahora sólo recordaban que ante ellos había un semejante en peligro de muerte.

Santiago se lanzó el primero; pero en dos saltos Montrose lo alcanzó, mientras que Salvere, menos ágil, seguía a corta distancia. Al ver a los nuevos hombres, el león pareció sorprenderse. Y esta sorpresa fué su pérdida: resonaron



Montrose arremetió contra los tuareg que huían derrotados.

tres disparos casi simultáneamente. El león pareció no haber sido tocado. La luz de luna es muy engañadora para la vista y además, la fiereza estaba muy lejos. Se quedó allí mirando a los hombres, abriendo su boca enorme, pero sin rugir, como si todo aquello lo tuviese muy asombrado.

De pronto llegó Zamba con los demás negros. Venían gritando y agitando ramas de leña encendida. Y esta vez el león lanzó un rugido, se inclinó sobre el suelo, pescó en sus colmillos un bulto y dando media vuelta se perdió entre los árboles del bosque cercano.

Mientras tanto, don Juan Salvere y Santiago habían recogido al tuareg herido, que resultó ser un negro de talla gigantesca. Lo entregaron al cuidado de Zamba para que lo pusiera entre los otros prisioneros. Y los tres blancos volvieron a sentarse junto al fuego para servirse una taza de café caliente y oloroso. En seguida don Juan Salvere ordenó a Zamba que le llevaran los cautivos a su presencia. Todos eran musculosos y fornidos.

¿Por qué habrán escogido la profesión de bandidos, cuando podían ganarse la vida de otro modo más honrado? exclamó Santiago Merande.

—Triste es decirlo, sobrino mío, respondió don Juan Salvere, pero es el caso que todos los hombres primitivos han considerado el crimen y el despojo de los demás como un derecho natural: el derecho del más fuerte. En la época silvestre y en la época cavernaria, no existía más ley que la de la fuerza. Estos indí-

genas han conservado latente el espíritu del hombre primitivo. Y aún entre nosotros, en plena civilización, hay muchos hombres de espíritu verdaderamente primitivo.

Mientras hablaba el sabio hombre de ciencia, observaba a los prisioneros. Despojados del lienzo que les cubría el rostro mostraban una cara bronceada y enrojecida por la lumbre de la fogata. La penetrante mirada de Salvere se fijó en el tuareg herido y que había sido salvado de las garras del león.

—Es el único que tiene una mirada franca, dijo don Juan, dirigiéndose a sus compañeros.

En seguida se puso a examinar la herida del tuareg. No era muy grave. Una bala le había atravesado un muslo. El sabio se dirigió a Zamba:

—Pregúntale si quiere que lo dejemos abandonado en la orilla del río como a sus compañeros o lo llevamos hasta Tombocú.

Zamba tradujo la pregunta. El tuareg respondió y Zamba explicó:

—Dice que quiere servirte, señor. Pero... tuareg mal servidor, señor.

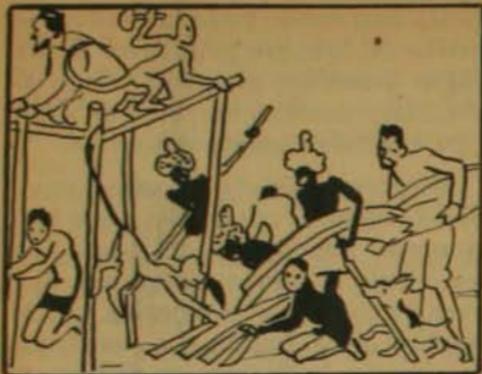
Don Juan pareció reflexionar profundamente y por último respondió:

—Creo que esta vez te equivocas, Zamba. Díle que lo llevaré conmigo...

(Continuará)

¿Tenía razón Zamba al desconfiar de aquel negro hercúleo que había atacado a los expedicionarios? ¿O la tenía don Juan Salvere?

Aventuras de Pepito y



1.—Trabajar sin desmayo es el destino de la vida que sigue un buen camino. Por eso aquí trabaja hasta el perrito, en rehacer la casa de Pepito.



2.—Pasean cuando hubieron terminado, con el gobernador. Y han observado que se aproxima rápida y ligera hacia la playa una gasolinera.



3.—En la cual otros tres aventureros, corrieron el mar peligrosos serios, que ahora relatan con sus negros tonos, poniendo espanto hasta en los monos.



4.—Pepito, que es muchacho de alma buena, ofréceles albergue, cama y cena, que aceptan ellos tres agradecidos, quedando ante la casa sorprendidos.



5.—A Pepito le han dicho: prometemos buscar a tus papás y les diremos dónde estás y que vengan a buscaros, y así queremos vuestra acción pagaros.



6.—Algún tiempo después, una mañana de Diciembre, y en hora muy temprana, vieron llegar del mar una bandada de gaviotas y algún ave ignorada.

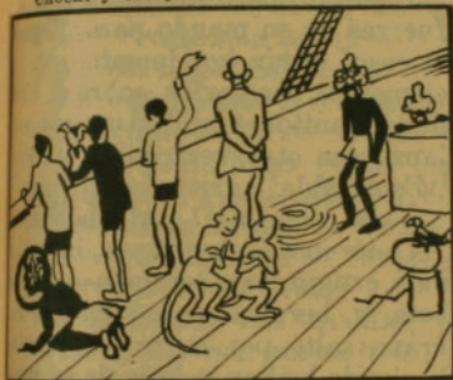
le su perrito "Chochi"



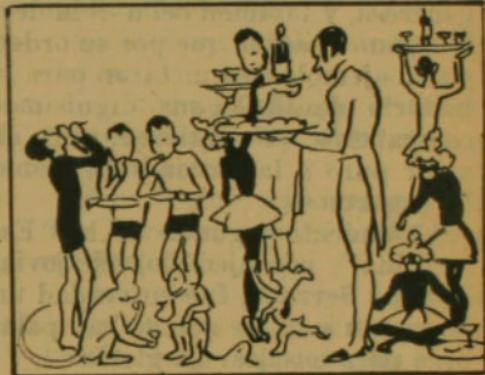
7.—Presagio, ¡Claro está!, de que llegaba alguna embarcación que transportaba, aquellos venturosos mensajeros, para Pepito, Chochi y compañeros.



8.—Y en efecto, era el padre de Pepito, (Chochi así lo indica a este monito), qué alegre, ¡es natural!, se abraza al niño, a quien lloró por muerto.



9.—Y todos juntos, y ahora acompañados, aunque van con los ojos empañados de lágrimas, emprenden el regreso, los negritos de frente hacia el progreso.



10.—Ya en casa de Pepito, ¡hasta los monos!, saborearon del champán los tonos, y los negritos no le hacían dengues a la hermosa bandeja de merengues.



11.—Los primos de Pepito le regalan un nacimiento, que luego engalanan, y un "Noel" que a los negros ha asombrado, del que los monos ya se han apoderado.



12.—Y ¡a trabajar han dicho!, que han llegado los cajones con tanto tan deseado. Y en tanto que preparan el festín, de la aventura hemos llegado al fin.

El esfuerzo Supremo

(Episodio heroico de Ignacio Serrano)

¡Oh 21 de Mayo! fiel testigo de tan heroica y tan sublime hazaña! Tu deslumbrante resplandor empuña cuanto en la historia fulguró hasta ayer. Las horas para ti no vuelan rápidas, no ha muerto el sol que te alumbraba ufano, los años y los siglos con su mano jamás podrán tu luz oscurecer.

Si abnegada e intachable es la gloriosísima conducta del comandante Prat, en el combate naval de Iquique, y sublime e incomparable la resuelta decisión del héroe inmortal, por mantener incólume el honor de su bandera; grande y generosa, y también bella es la deslumbrante página que por su orden y a su ejemplo conquistaron para la historia de Chile sus dignísimos compañeros, que sintieron, como él, amor puro a la patria y heroísmo de espartanos!

El teniente segundo de la "Esmeralda", por ejemplo, el jovial Ignacio Serrano, fué en verdad un héroe tan sublime que no hay palabras para ensalzar su gloria.

Como Prat, salió también al abordaje, y al lado de él cayó herido de muerte sobre la cubierta del monitor enemigo.

Pero, aun más; siguió su ejemplo heroico hasta un supremo esfuerzo... Quiso sacrificar su vida.

Serrano, en efecto, desde un principio del combate, estaba decidido a morir por la gloriosa bandera.

Despedíase de sus compañeros con la sonrisa en los labios, la generosidad en el corazón y el heroísmo en los ojos...

Fulguraba su mirada...

Recorría la nave en cumplimiento de las ordenes que recibía, y no omitía sacrificios para servir de

ejemplo en la lucha.

Por eso fué que, cuando crugió la "Esmeralda" al choque del espeluznazo del buque enemigo, y vió por sus ojos que su invicto comandante el inmortal Prat, deslizábase como un rayo sobre el castillo de popa de la nave enemiga, seguido por el glorioso sargento Aldea, y todavía cuando le vió caer cerca de la torre de mando del abordado buque, rugió de rabia y, como Ernesto Riquelme, gritó también:

¡—Al abordaje! ¡Al abordaje!

Listo, preparó un piquete de las fuerzas de su mando para, llegado el caso, saltar igualmente, con los elementos necesarios, sobre el blindado monitor, y al divisar que éste lanzábase otra vez contra la débil "Esmeralda", gritó con ansias:

—¡Al abordaje! ¡Al abordaje!

Uniéronse ambas naves, bramó el mar, crugió el maderámen de la cubierta, y, heroicamente sublime, Serrano saltó por entre las jarcias, haciendo brillar la hoja de su espada, y puso firme los pies sobre el coloso de acero.

Doce valientes le siguieron.

Nadie había, en los primeros momentos sobre la cubierta del monitor... Estaba desierta...

Pero, de súbito, un fuego horrendo barrió con los asaltantes.

Las ametralladoras enemigas no daban cuartel.

Serrano, herido por los proyectiles, alcanzó a avanzar hasta la torre del monitor; pero allí cayó. Afirmóse en su espada, como pudo, e hizo esfuerzos aun para gritar.

—¡Muchachos, de esta no libro; pero no hay que darse!

Desgraciadamente, solo uno de



sus doce compañeros de abordaje había salvado del fuego horrendo: y éste al verse solo, arrojóse al agua y regresó a la "Esmeralda".

Serrano, aunque mortalmente herido, aun no había rendido la vida. Todavía podía hacer por su patria un supremo, gloriosísimo esfuerzo.

Cuando se hundía la "Esmeralda" con su pabellón en alto, le condujeron a un camarote.

Examinando sus heridas, para cuidarle con toda humanidad; pero tan grave era una de ellas, que el cirujano, don Santiago Távora le declaró perdido.

Serrano quiso saber su estado. Hizo algunos recuerdos de familia y pidió le dejaran solo...

Retiráronse los enfermeros y entonces sus ojos casi ya velados por la muerte fulguraron de nuevo...

Hizo un esfuerzo supremo; irguió su cuerpo como pudo y atrancó la puerta del camarote...

En esos momentos los sobrevivientes de la "Esmeralda" eran recogidos por los botes del "Huáscar".

Cuando llegaron a bordo del monitor, preguntaron con ansias por Prat y Serrano.

El comandante había muerto; pero el teniente no.

Solicitaron verle, y no lo consintieron.

El cirujano chileno don Cornelio Guzmán, pidió reconocerlo profesionalmente.

Poco después de haberse quedado solo Serrano, hubo a bordo grande alarma.

De la parte superior del camarote en que había quedado el moribundo, salía denso humo.

¡Era un incendio el que se había declarado en la nave!

Trataron de abrir la puerta del camarote; mas, estaba fuertemente atrancada.

Derribáronla entonces a fuerza de hachas...

Las llamas comenzaban a destruir la parte superior.

Serrano agonizaba...

Sus ojos brillaban, sin embargo; pero con fulgor de gloria...

¡Oh, cuánta abnegación había demostrado por su patria!

Había intentado morir quemado por el fuego, pero hundiendo al buque enemigo, en las profundidades del océano!

Enrique Blanchard Ch.

LOS PRINCIPES

ENCANTADOS



El ministro dió cuenta al monarca de lo que había visto y de lo que temía.

El rey derramó dos grandes lágrimas y regresó a palacio con el corazón agobiado por las dudas. Por la noche fingió dormir, pero no consiguió conciliar el sueño. Dióse cuenta de que Elisa se levantaba y se dirigía a la fingida cueva. Día tras día el rostro del rey se tornaba más sombrío y aunque Elisa lo notó, fuéle imposible explicarse la causa.

Casi había llegado Elisa al fin de su trabajo, pues solamente le faltaba hacer una cota. Pero otra vez había acabado su provisión de hilo, y así aunque por última vez, tendría necesidad de volver al cementerio.

Salió, pues, una noche, y aunque no se dió cuenta, la seguían el rey y el ministro, quienes la vieron trasponer la puerta del cementerio.

—La juzgará el pueblo —gimió.

En efecto, la juzgó el pueblo y la condenó a ser quemada viva.

La reina fué llevada desde sus espléndidas habitaciones a un oscuro calabozo, donde el viento silbaba al atravesar la enrejada ventana. En vez de sedas y terciopelos le dieron su fardo de espinos, sobre los cuales hubo de apoyar su cabeza. Las cotas eran su único cobertor, pero no podían haberle dado nada más precioso para ella.

Reanudó su trabajo sin dejar de rezar. En la parte exterior de la

cárcel los muchachos gritaban canciones burlescas acerca de ella misma, y nadie fué a consolarla, dirigiéndole una palabra bondadosa.

Al anochecer y a corta distancia de su ventana oyó el ruido de las alas de un cisne. Era su hermano menor, que por fin, la había encontrado. Sollozó de alegría, aunque sabía que la próxima noche sería la última de su vida, pero entonces habría terminado su trabajo y sus hermanos se verían libres del encantamiento.

Amanecía ya, pues el sol tardaría menos de una hora en asomarse por el horizonte, cuando llegaron los once hermanos a la puerta del palacio, solicitando ser llevados a presencia del rey. Les contestaron que ello no era posible, porque el monarca dormía y nadie se habría atrevido a despertarlo. Vanos fueron todos sus ruegos y amenazas; al fin salió la guardia y aun el mismo rey se asomó para enterarse de lo que ocurría, pero precisamente en aquel momento se levantó el sol y ya nadie pudo ver a los once hermanos, sino solamente a otros tantos cisnes salvajes que revoloteaban por encima del palacio.

El populacho atravesó como un río las puertas de la ciudad, pues todos sentían el mayor deseo de ver quemar a la bruja. Un caballo matalón arrastraba la carreta en que iba sentada Elisa. La habían vestido con un ropón de color verde y de su hermosa cabeza pendía suel-

to el dorado cabello. Sus mejillas estaban pálidas y sus labios se movían suavemente, en tanto que sus dedos tejían sin cesar el verde hilo. Aun en camino hacia la muerte, no podía abandonar su trabajo. A sus pies tenía las cotas terminadas ya, y entre los insultos y los gritos del populacho, se esforzaba en terminar la oncena.

—Mirad cómo rezonga la bruja. No hay cuidado de que lleve en las manos un libro de oraciones. En cambio no interrumpe para nada sus artes diabólicas. ¡Arrancadle su labor y destrozadla!

La multitud empezaba a rodear la carreta, con objeto de romperle el trabajo que realizaba, pero precisamente entonces descendieron once cisnes blancos, y batiendo las alas, fueron a posarse en los lados de la carreta. Y la gente que ya se acercaba, huyó asustada.

—¡Es una señal del cielo! ¡Es inocente! —murmuraron, por no atreverse a decirlo en alta voz.

El verdugo tomó a la condenada, pero ella, antes, se apresuró a arrojar las once cotas sobre los cisnes que, en el acto se transformaron en once hermosos mancebos, aunque el menor, en vez de brazo izquierdo, aun tenía un ala de cisne, debido a que la condenada no había tenido tiempo de terminar la manga correspondiente.

—¡Ahora ya puedo hablar! ¡Soy inocente! —exclamó.

El populacho, al presenciar aquellos prodigios, se inclinó ante Elisa cual si hubiera sido una santa. Ella, mientras tanto, cayó sin sentido en los brazos de sus hermanos, tan grandes habían sido el esfuerzo, el terror y el sufrimiento que experimentara.



Al anochecer y a corta distancia oyó el ruido de las alas de un Cisne en la ventana.

—Sí, es inocente por completo —exclamó el hermano mayor.

Y luego les refirió todo cuanto había ocurrido.

Mientras hablaba, difundióse por el aire una maravillosa fragancia, como lo que pudiera exhalar un millón de rosas. Cada uno de los leños que formaba la pira echó raíces en el suelo y desarrolló ramas, y en aquel lugar se vió aparecer una hermosa rosaeda. En lo más alto había una flor blanca y purísima, que resplandecía como una estrella. El rey se apresuró a desprenderla de su tallo y la dejó en el pecho de Elisa, quien despertó en el acto con el corazón lleno de paz y de alegría.

Nuevamente las campanas de las iglesias empezaron a repicar en son de fiesta y los pajaritos revolotearon en torno de los reyes. Y aquella pareja regresó a palacio entre vítores y aplausos, y llena de felicidad casi desconocida en la tierra.



Denny, Rengo.— Gracias por sus felicitaciones y quedamos esperando las colaboraciones que nos enviará. Pronto abriremos un Concurso de Cuentos infantiles y los mejores serán premiados y publicados en "El Colegial".

Berlina.— La suscripción anual a "El Colegial" cuesta \$ 50.— y por seis meses \$ 25.— Puede usted remitir este valor por giro postal o telegráfico, a nuestra Casilla 6562, Santiago.

Herve.— Su dibujo es regularcito, pero creemos que con un poco de paciencia y ejercicio llegará a ser un excelente dibujante.

Ricardo Perry.— Su cuento es bonito. Lo haremos arreglar y lo publicaremos ilustrado por uno de nuestros dibujantes. Gracias por sus felicitaciones tan entusiastas para "El Colegial". Queda incorporado a la falange de colaboradores de esta revista.

Luis Aguilera.— Con todo gusto le acogemos entre nuestros amiguitos que ya son muchos. Envíe las colaboraciones que ofrece y serán publicadas.

Tío Atilio.— Muy bueno todo lo que nos remite. Pronto sus colaboraciones verán la luz. Aceptado como colaborador de "El Colegial".

Chaguito.— Su cuentecito sería bonito si no fuese un plagio. Envíenos algo original y lo publicaremos con todo agrado. Le aceptamos entre nuestros colaboradores. La adivinanza se dará pronto.

Alej.— Bueno su dibujo y queda desde ya aceptado.

Merival.— Simpático su cuentecito. Lo haremos ilustrar. Remita lo que ofrece.

El combate ya se acerca
la contienda es desigual,
más no importa moriremos
por la Patria y Libertad.

Mientras está allá en el tope
orgullosa ha de batir
tú eres la santa enseña,
¡Que jamás se ha de rendir!

Arriada nunca ha sido
la bandera tricolor,
¡moriré! a ella abrazado
con respeto y con honor.

¡Juráis todos, compañeros,
defenderla hasta morir,
ante Dios que nos escucha
por la patria sucumbir!

¡¡Si lo juramos!! ¡¡si lo juramos!!
Por la patria sucumbir,
¡¡lo juramos!! por la patria
defenderla hasta morir.

Y ante Dios que nos escucha,
la victoria o sucumbir,
mientras viva allá en el tope
orgullosa haz de batir.

ESPERIDION. SEGOVIA V.

(Cheche)

EL SECRETARIO



NUESTRAS MARIPOSAS

Casnia eudesmia

Mariposa del Chagual

Es admirable el cuidado que los insectos ponen en práctica para asegurar la continuación de la especie. Los nidos que construyen para llenar este fin, son obras acabadas que a todo el mundo le llama la atención. En lo que se refiere a la mariposa vulgarmente llamada del Chagual. Se le llama así porque en su estado de larva se alimenta de las hojas de esta planta. Una vez terminado el crecimiento construye en la misma planta su casa donde se efectúa su metamorfosis. La forma que da a su habitación tiene el aspecto de un tubo de 15 a 20 centímetros de largo, el material de que está hecho es de hoja seca del chagual tapizado por dentro con una membrana formada por una substancia que la misma larva segrega.

La mariposa adulta principia a volar en el mes de Diciembre.

EL BOLDO (*Peumus Boldus Mol.*)

El boldo es un árbol de espeso follaje y que suele alcanzar hasta veinte metros de altura. Su madera es muy buscada en la zona central para la fabricación del carbón de leña.

El boldo es, además, una de las más importantes plantas medicinales de Chile. Sus hojas cocidas en agua dan un extracto que se emplea eficazmente en las enfermedades de los riñones y del hígado. El líquido obtenido por el cocimiento de la corteza, es muy apreciado contra las debilidades nerviosas; el jugo de los tallos se aplica contra los dolores de oído. Las hojas secas y molidas finamente constituyen un excelente remedio contra los resfriados.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urbau.)



¡SOMOS LOS BUENOS MUCHACHOS!



1.—Bómbolo decía al mozo del almacén:—En cuanto oigamos tu silbido bajaremos la canasta para que la llenes. Pero el portero del internado escuchaba.



2.—Y en cuanto llegó la noche, el portero don Copucha decidió dar una severa lección a los muchachos. Llegó con el feroz perro y se puso a silbar.



3.—Los buenos muchachos, acudidos por Bombolito, lanzaron un hurra de contento y creyendo que el silbido era la señal convenida, lanzaron la canasta.



4.—Don Copucha recibió la canasta atada al extremo de una cuerda y metió dentro al feroz Mascahueso. Luego silbó para que los niños subieran la canasta.



5.—Y cuando Bombolito creía hallar dentro de la canasta los más ricos pasteles y chocolates, se encontró cara a cara con el feroz perro Mascahueso.



6.—Bombolito dió un grito de espanto y soltó la cuerda, mientras sus compañeros acudían a la ventana para ver lo que había ocurrido. Y entonces...



7.—Sintieron abajo un tremendo golpe seguido de un grito de dolor. La canasta con perro había caído precisamente sobre la espalda de don Copucha...



8.—Y mientras don Copucha huía para ir a ponerse un parche poroso, los niños divisaron con gran gozo al chico del almacén que traía las ricas provisiones.